
LA
VERDAD RELIGIOSA.

LIBRO I.

CAPÍTULO I.

RELIGION.

La idea religiosa es innata en el hombre (*): ella es el primer acto reflejo de su razon. Ni el hombre ni la sociedad pueden prescindir ni desprenderse de la religion, puesto que la religion es para ellos una necesidad, y una de sus condiciones esenciales.

«No hay, dice Ciceron (1), ninguna nacion tan feroz y salvaje que, aunque desconozca al Dios verdadero, no sepa, «sin embargo, que es necesario que exista uno.» Y tambien: «Todos se forjan ideas falsas de la Divinidad, pero todos conciben en que hay una naturaleza divina (2).»

«Podréis hallar, observa Plutarco (3), ciudades sin murallas, sin casas, sin gimnasios, sin leyes, sin moneda y sin letras, pero un pueblo sin Dios, sin oraciones, sin juramentos, sin ritos religiosos y sin sacrificios, nadie lo vió

(*) No es este lugar oportuno de discutir el sistema de las ideas innatas tan combatido por el Sr. Bonald.

(1) *De legibus*, lib. II, cap. 8.

(2) «Multi de Diis prava sentiunt...Omnes tamen esse vim et naturam divinam arbitrantur.» (*Tuscul.* lib. I, cap. 13).

(3) *Adv. Colot. Epicur.* ¡Qué vergüenza! La filosofía pagana misma ataca á la incredulidad, mientras que á los diez y ocho siglos de cristianismo la filosofía ataca á la fe !!!

«jamás.» «Mas fácil es, dice tambien en el mismo lugar, «fundar una ciudad en el aire que constituir una sociedad «sin la creencia de los dioses.» Lo mismo opinaba Séneca (1), y todos los poetas y oradores. Orfeo, Homero, Hesíodo entre los griegos; Horacio, Virgilio, Ovidio entre los romanos, todos cantaron, unos despues de otros, el poder de esta divinidad.

Entre los sofistas de los últimos siglos Shaftesbury (2) y Bolingbroke (3) confiesan ser natural y utilísima la religion al hombre. Rousseau escribe «no haberse fundado jamás un «Estado que no haya tenido por base la religion,» y ciertamente no ha sido esta la natural de los deistas. Voltaire, la misma impiedad personificada, ha dicho: «Allí donde hay «una sociedad, la religion es de todo punto necesaria (4).» Y Chateaubriand cuando era aun entusiasta admirador de los anteriores, y con la prueba á la vista, exclamó: «Una «religion es necesaria si no se quiere que la sociedad perezca (5).»

«Si la religion se pierde entre los pueblos, escribe Vico (6), «no queda ningun medio de vivir en sociedad. Esta pierde «de un golpe el vínculo, el fundamento, el antemural y hasta «la forma misma de pueblo.»

En fin, prueba bien clara de lo universalmente extendida que estaba en la antigüedad, como hoy, la creencia de la Divinidad, es que Lucrecio felicitaba á su ídolo Epicuro, á quien con oportunidad llama san Clemente Alejandrino, «príncipe y autor de la impiedad (7), por haber sido el primero que se habia atrevido á luchar contra el género humano, y levantar la cabeza en medio de los pueblos encorvados bajo el yugo de la supersticion (8).»

De todo lo anterior, debemos inferir con Augusto Nicolás (9), «que se puede razonablemente suponer que una noción tan universalmente recibida debe ser *natural* (*) y *ver-*

(1) Epist. CXVII. (2) *Característicos*, tomo 3.

(3) *Eurr.* tomo 5, cit. por Bergier, *Tratado histórico*, primera parte.

(4) *Tratado de la tolerancia*, cap. 20.

(5) *Ensayo sobre las revoluciones*, tomo 3, pág. 121.

(6) *Scientia nova*, traducida por Mr. Michelet en los *Principios de la filosofía de la historia*.

(7) «Princeps et auctor impietatis.» (*Stromat.* lib. I, cap. 1, ó pref.).

(8) *De rerum natura*, lib. I.

(9) *Estudios históricos sobre el Cristianismo*, tomo 1, pág. 119.

(*) Este es un principio de Ciceron que llama *ley de la naturaleza* al

«*dadera*, que es imposible que sea resultado de un hecho «expreso universal, que es tan absurdo negar la voz de la «naturaleza cuando dice igualmente á todos los hombres, «que hay un Dios que debemos honrar, como cuando dice «que somos superiores á los brutos por la razon, y que el «instinto religioso es tan natural y universal en todos los «hombres como la razon; de manera que para definir al hombre, lo mismo se le puede llamar *un animal religioso* que «*un animal racional*.» No ser capaz de religion era entre los antiguos una de las señales características de ser irracional. Y Hume ha dicho con mucha razon que si se encontrase un pueblo sin religion, no se diferenciaria mucho de las bestias brutas (1).

No ha existido, pues, ni ha podido existir jamás un hombre dotado de razon sin sentimiento religioso. Pero limitado en gran parte su entendimiento y estrechado el círculo de su inteligencia por la degeneracion de su estado primitivo, y olvidadas por su malicia las tradiciones sobre la religion prescrita por Dios al primer hombre, no pudo, ó mejor dicho, no quiso (porque tambien fue en gran manera depravada su voluntad) elevarse en los tiempos anteriores al Evangelio, al conocimiento de aquel supremo, único y verdadero Criador que debia adorar; ó le conocieron ciertamente los hombres, pero no le glorificaron (2), y cada uno segun su capricho y los estímulos de su pasion mas dominante que no les permitia, por su culpa (3), remontarse á lo sublime, se forjó su divinidad particular; eligiendo al efecto entre las criaturas, ya la que mas deleitaba á sus sentidos, ya la que mas halagaba á sus pasiones. «*Sua cuique fit Deus dira cupido*.» Ó como dijo Platon: «Cada uno cree lo que le agrada y conviene (4).» «Tan grande era el error, escribe Ciceron, que «no solamente se daba el nombre de dioses á las cosas mas «nocivas, sino que tambien se las edificaba templos (5).» Y el

consentimiento universal. «Omni autem in re consensus omnium gentium lex naturæ putanda est.» (*Tuscul.* lib. I, cap. 13).

(1) *Historia natural de la Religion*, citada por Bergier, *Tratado histórico*, tomo 1, pág. 58.

(2) Rom. I, 21.

(3) «Id enim vitioso more effici solet.» (Cic. *Tuscul.* lib. I, cap. 13).

(4) «Quod quilibet vult, hoc etiam credit.»

(5) «Tantus error fuit, ut perniciosis etiam rebus non modo deorum «nomen tribueretur, sed etiam sacra constituerentur.» (*De natura Deorum*, lib. III, cap. 25).

mordaz y satírico Juvenal llamaba dichosos á los egipcios en cuyos huertos nacian los dioses.

«Oh sanctas gentes, quibus nascuntur in hortis numina! (*)»
Satyra XV, v. 10.

De esta manera (y diga lo que quiera Lamennais que parece pretende excusar la idolatría, ó mejor dicho, probar que nunca la hubo (**), y mas todavía Beausobre, lord Herbert de Cherbury, tan completamente refutado por Leland en su *Nueva disertacion evangélica*, y hace muchos siglos por Cecilio (el apologista del Politeísmo), de esta manera, repetimos, usurparon el culto que debian al Criador para dársele á una criatura como ellos, perdiendo así la gloria que habian adquirido remontándose al conocimiento de un Dios.

En apoteosis tan universal todo fue ya Dios excepto Dios mismo, segun la bella expresion de Bossuet, tomada de la que vertió Tertuliano en el libro *De idolatría* (1), ó como escribe Leland (2): «En aquellos tiempos de supersticion era mas fácil encontrar un dios que un hombre.»

No necesitamos aducir las ridiculeces, extravagancias,

(*) «Veamos ahora, escribe Nonnotte, cuál era la majestad augusta y «la santidad respetable de la religion pagana. Júpiter incestuoso, adúltero, seductor y parricida, era el mayor de los dioses. Juno, reina de «los cielos, tenía todas las prendas de una mala mujer. Marte era un «Dios colérico, arrebatado y violento que no tenía otra satisfaccion que «la de las carnificinas y de los derramamientos de sangre. Vénus, ob- «jeto de los votos y de los cultos de las cortesanas, era la grande pro- «tectora de la prostitucion y de toda especie de deshonestidad. El fan- «tástico y licencioso Apolo fue desterrado del cielo por sus motines y «por sus homicidios, y se vió precisado á guardar el rebaño del rey Ad- «meto. La brutal Diana se hacia ofrecer víctimas humanas, y cual- «quier extranjero que tenía la desgracia de poner el pié en la Táuride «era degollado al pié del altar. Las otras deidades eran tan buenas como «estas. Léanse sus proezas en el bufon Luciano, y se verá que jamás «pensaron los paganos en atribuir á sus dioses ni siquiera una virtud. «A tan abominables divinidades añadieron un enjambre de diosecillos, «ridículos como los de los egipcios, los de los fenicios, los de los babi- «lonios, etc., etc.» (*Diccionario filosófico de la Religion*, artículo *Culto*).

Bergier en su *Diccionario de teología*, artículo *Religion falsa*, señala acertadamente las causas del Politeísmo, la vanidad, la envidia, la molicie, la independencia y el libertinaje del entendimiento y del cora-
zon.

(**) Otra cosa fuera si hubieran afirmado que aun en medio de la idolatría mas grosera jamás se desconoció la existencia de un Ser supremo, como prueba Bergier, y se colige de la epístola de san Pablo á los romanos, cap. X, v. 21.

(1) «Omnia igitur colit humanus error præter ipsum omnium Condi-
torem.» (Cap. 4). (2) Tomo 1.

obsценidades y crueldades del culto mitológico y politeista, «origen y cúmulo de todos los crímenes (1), eterno borron «de la dignidad humana:» ya que no pueda extirparse de nuestra degenerada especie, apartémosle al menos de nues- tra memoria. Algunos filósofos y poetas antiguos, sin dejar de hacer profesion de él tomaron á su cargo confundirlo para siempre con la burla (2). ¡Ah! en el siglo pasado se vengó á su vez el Paganismo hinchando á ciertos hombres de sus teorías para que esgrimiesen contra el Cristianismo las mis- mas armas!

Baste lo dicho para probar que no puede menos de existir una religion, y que no puede haber un solo hombre dotado de razon sin sentimiento religioso. Estas dos cosas son ne- cesariamente correlativas, y de no conseguir los ateos rea- lizar una completa metamórfosis en la naturaleza humana, tampoco conseguirán que agrade ni tenga aplicacion su sis- tema insensato. La religion principió con el primer hombre y acabará con el último.

Por todo lo emitido descúbrese fácilmente la calumnia y la impostura de aquellos impíos que á la religion dan por causa y origen, ora el temor y la ignorancia, copiando á Lucrecio, como Espinosa, Hobbes y Rousseau (3); ora el artificio de los legisladores y de los políticos, tomándolo de Platon (4) y de Ciceron (5), como Sancelin (6); ora ambas cosas á la vez, como pretenden los enciclopedistas y otros filósofos del pasado siglo, lo cual envuelve una absurda contradiccion, como observa Bergier (7); ora por el interés privado de los sacerdotes, segun place á los mismos (8), co- mo si pudiera haber sacerdotes antes que religion. En su

(1) Sap. XIV, 7.

(2) *Ólim truncus eram sculneus, inutile lignum,
Quem faber incertus scamnum faceretne Priapum,
Maluit esse Deum; Deus inde ego.* — Lib. I, satyr. VIII.

Tronco de higuera he sido en algun dia,
De quien dudaba el escultor incierto,
Si algun escaño ó algun Príapo haria;
Prefirió hacerme Dios, y Dios me encuentro.

(3) Citados por Bergier, *Tratado histórico*, tomo 1, pág. 16.

(4) *De legibus*, lib. X.

(5) *De natura Deorum*, lib. I.

(6) *Sistema de la naturaleza*, segunda parte; *La sensatez*, § 10 y 15; *Sis- tema social*, introduccion, p. 5.^a y segunda parte, cap. 2; obras citadas por Bergier, *Tratado histórico*, tomo 1, pág. 29. (7) *Ibid.*

(8) *Los tres impostores; La sensatez; Carta XI á Sofia*, citados *ibid.*

virtud, y consiguientes con su deísmo ó su incredulidad, apellidan falsas á todas las religiones, y las detestan como si en cualquiera hipótesis no fuese la religion «la garantía «mas poderosa que pueden tener los hombres de la probidad «de sus semejantes (1).» Lo mas extraño es que estos señores incrédulos han preferido siempre para su servicio particular ó doméstico criados religiosos. Esta conducta, que tan singular contraste forma con sus doctrinas, es una contestacion muda, pero muy elocuente.

Vese, pues, cuán necio é insensato es este pensamiento de Lucrecio (2) repetido por nuestros sofistas (3): «El que «consiguiere desterrar del mundo la nocion funesta de un «Dios, seria indudablemente el mejor amigo del género humano.» Necio, porque su realizacion daria por resultado el efecto contrario del pretendido; é insensato, porque no es posible su realizacion.

«Estos tales, dice chistosamente Bergier (4), son condenados que nos convidan á seguirles y acompañarles en el «infierno.» Por cierto que no les agradecemos, y mucho menos aceptamos la invitacion.

Pasemos á fijar los caractéres de la verdadera religion natural, la cual no es otra que la revelada por Dios al primer hombre. Si estos caractéres convienen adecuadamente á la religion cristiana, deducirémos despues que esta religion es la misma religion natural, la religion primitiva, la religion verdadera.

Religion natural.

Religion natural propiamente dicha es aquella, cuyos dogmas, culto y moral están perfectamente conformes con las luces é inspiraciones de una razon ilustrada y suficientemente instruida. Los deistas no admiten mas religion natural que la que el hombre puede formarse ayudado solamente de sus luces naturales. Cuando estas luces son claras y el raciocinio recto, ambas religiones vienen á ser una misma en sustancia aunque diversas en el modo. La primera ad-

(1) Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, lib. XXIV, cap. 8.

(2) Lib. I, v. 85.

(3) *Sistema de la naturaleza*, parte 2, cap. 3; *Contagio sagrado*, cap. 2; *Sistema social*, etc., citados por Bergier, *ibid.* pág. 31. (4) *Ibid.* pág. 35.

mite la revelacion, la segunda prescinde de ella. En el primer sentido el hombre la recibe ya formada de Dios que es su autor: en el segundo, su autor es el hombre, y él la forma; pero ambas convienen en un punto, en la conformidad con la razon.

Hay no obstante una diferencia muy notable entre la religion natural verdadera, y la religion natural que predicán algunos deistas mas avanzados, y es, la de que aquella concibe la *razon* en abstracto, ú objetiva; esto es, *la razon suficientemente ilustrada*; al paso que esta la concibe en concreto, ó subjetiva; esto es, *tantas razones como hombres*, y por consiguiente *tantas religiones naturales* como grados hay de luces y de ilustracion desde el hombre mas ignorante hasta el mas instruido. Despreciando como se merecen semejantes desvarios, transigirémos con los deistas mas moderados, si puede permitirse la expresion, y les probarémos que no solamente la religion natural *aceptada* de Dios por la razon, sino tambien la *formada* por las puras luces de ella, es en sustancia la misma religion cristiana. Adviértase que entendemos esta conformidad é identidad, salvos los misterios, y no en el sentido en que la entendieron los deistas ingleses Morgan y Tindal, cuyo *Cristianismo tan antiguo como el mundo* tiene por objeto destruir el Cristianismo (1). Sus obras son las fuentes donde bebieron el autor del *Emilio* y los deistas franceses.

§ I.— *Para que la religion sea verdadera ha de ser hija de la razon, ó la razon y no las pasiones han de ser su principio y su base.*

Siendo, como ya hemos dicho, la gratitud, la reverencia y la sumision los caractéres que constituyen la esencia de la religion verdadera, es evidente que la razon humana ha de ser su causa motiva, su norma y su punto de partida; porque si el hombre es agradecido, si es reverente, si es sumiso, es por estar dotado de razon. Las pasiones repelen fuertemente estas virtudes, y solo abrigan sus contrarios vicios, la ingratitud, la insolencia, la soberbia y el orgullo.

Si el hombre hubiera siempre atendido á su cualidad de *racional* para crearse su religion, si todos hubieran consul-

(1) Bergier, *Tratado histórico*, tomo 2, pág. 430.

tado, al efecto, únicamente á su razon, una sola habria sido tambien la religion que se hubiese conocido en el mundo, la religion verdadera. Pero como al crearse cada cual su religion, despues que la revelacion fue desoida, obedecieron á las sugerencias de pasiones diversas, segun hemos dicho, de aquí la variedad de religiones falsas. Falsas, porque no las caracterizan la gratitud, la reverencia y la sumision, ó porque presentan falsificados estos caractéres: falsas, por ser su norma y su origen las pasiones y no la razon: falsas, porque extravian al hombre de la verdadera senda que debia emprender para recuperar en parte la felicidad que perdió: falsas, porque le degradan mas y mas en vez de elevarle y dignificarle; y falsas, por último, porque le apartan del conocimiento del verdadero Criador.

Resulta, pues, que habiéndose consultado solamente á la razon, todos los hombres hubieran sido monoteistas, pero las pasiones les hicieron politeistas. ¿Por qué? porque la razon es una y las pasiones muchas; y como la religion de la razon es la única verdadera, una sola es y no puede menos de ser la religion verdadera, y como la religion de las pasiones es falsa, muchas son y no pueden menos de ser las religiones falsas. Séneca advirtió oportunamente que el culto politeista es solo una costumbre y no una religion fundada en la razon y en la verdad (1).

§ II. — *Para que la religion sea verdadera ha de dignificar al hombre y no envilecerle.*

Si uno de los actos de religion es tributar gracias al Criador por los beneficios y preeminencias que sobre las demás criaturas hemos recibido, ¿habrá alguno tan estúpido que afirme que entonces profesa el hombre la verdadera religion cuando por el modo y forma de dar estas gracias se degrada y pierde los beneficios que son objeto de las mismas? ¿no es un contraprincipio? ¿no es un absurdo mostrar el agradecimiento por un beneficio que se recibe con una accion que le priva de él? Y ¿será verdadera la religion que envuelva semejantes contradicciones y anomalías?

Lo mismo podemos decir de la reverencia, otro de los caractéres del culto. ¿Profesará la verdadera religion aquel que

(1) *Tratado de la supersticion, fragm.*

reverenciando y adorando al Dios que se ha fingido lo hace de una manera que le degrada y embrutece? ¿que le honra con la prostitucion, con la embriaguez y con el asesinato? ¡Cuán insensato y ridículo es el culto pagano! Si los gentiles dan gracias, en el hecho mismo pierden aquello por lo que dan estas gracias; si adoran, se envilecen; si se humillan, se degradan. ¿Cómo, pues, podrá ser verdadera una religion en la cual las virtudes manchan al hombre, en que las virtudes son vicios, en que no se profesa ni se reconoce ninguna virtud? «Sin duda, decia Octavio (1) refutando al pagano Cecilio, sin duda que es religion bien digna de respeto «la que empezó por honrar á la diosa de las cloacas, por levantar templos al miedo, á la palidez, á la fiebre, y por divinizar á las prostitutas.»

§ III. — *Para que la religion sea verdadera ha de traer al hombre beneficios.*

Es evidente. «¿Por qué tributamos, pregunta Ciceron (2), «culto y honores á los dioses inmortales? ¿por qué les dirigimos plegarias? Muy inútil fuera todo esto si la divinidad «no tuviera sus ojos fijos en nosotros; si fuéramos para ella «un objeto indiferente, y si no tuviéramos que esperar de su «bondad gracias ni favores.» Aquí la filosofia pagana discute como la cristiana, condena como esta el deismo materialista y cree en la Providencia. Sin embargo, á despecho de Ciceron, en vano imploraban sus correligionarios gracias y favores de unas divinidades que no tenian ojos ni entrañas.

Es muy justo que el hombre reporte algun beneficio de su religion. De manera, que si la que profesa ningun beneficio le reporta, y si únicamente perjuicios, diremos con razon que aquella religion no es verdadera. Y advertimos que, siendo condicion indispensable para que la religion pueda llamarse verdadera que la razon sea su causa motiva, tambien los beneficios que ha de acarrear, para que puedan

(1) «Cloacinam Tatiis et invenit et coluit; Pavorem Hostilius atque Pallorem; mox à nescio quo Febris dedicata. Hæc alumna urbis istius, «superstitio, morbi et malæ valetudines; sane et Acca, Laurentia et «Flora, meretrices propudiosæ inter morbos Romanorum et deos com- «putandæ.» (Minucii Felicis *Octavius*, cap. 25).

(2) *De natura Deorum*, lib. I.

llamarse beneficios, han de ser tales en el concepto de la razon, no al través del prisma de las pasiones. De otra manera todas las religiones gentílicas serian verdaderas, porque discurrendo los paganos únicamente al través de este prisma, consideran beneficios la embriaguez, la lascivia, la intemperancia, etc., y estos no son los beneficios que ha de reportar la religion verdadera, porque estos no son beneficios sino perjuicios y degradaciones.

§ IV.—*Para que la religion sea verdadera ha de recuperar en parte al hombre la felicidad primitiva perdida.*

Naciendo como nacemos todos por nuestra degeneracion á un mundo de miserias, trabajos y calamidades, y siendo innato deseo nuestro (que harto bien claro dice no ser este nuestro primitivo destino) eludir los males futuros, consolarnos de los pasados, desterrar nuestras penas, dominar nuestros apetitos, en una palabra, procurar nuestro bienestar y labrar nuestra ventura, si vemos que la religion que profesamos no nos impele y encamina á obtener estos resultados, sino que por el contrario aumenta mas y mas nuestras desdichas y fomenta nuestras pasiones, ¿cómo podrémos llamarla verdadera? ¿no seria esta una verdad muy triste para la humanidad?

§ V.—*Para que la religion sea verdadera ha de llevar al hombre al conocimiento del verdadero Criador.*

Tan incontestable es esta asercion, que equivale á decir: «para que la religion sea verdadera ha de ser verdadera.» La verdad ó la falsedad de la religion se deriva de la verdad ó de la falsedad del objeto de su culto; por manera que si el objeto es falso, tambien lo será la religion: por eso son falsas todas las religiones gentílicas. Si la esencia de la verdadera religion consiste, como hemos dicho, en la gratitud, en la reverencia y en la sumision al Criador, ¿será verdadera aquella religion en que esta gratitud, esta reverencia y esta sumision se tributan á la criatura? ¿no es esto hacer una usurpacion injuriosa al verdadero Criador? ¿No dictan, por otra parte, la recta razon, el sentido comun, el simple buen sentido que el adorado ha de ser mas elevado y digno

que el adorante? Y ¿son mas dignos los brutos animales, las piedras y los astros que el hombre? «¡Oh! dice Taciano (1), «yo no quiero adorar lo que ha sido criado por Dios para nosotros. El sol y la luna fueron criados para nosotros, ¿cómo he de adorar yo á mis servidores? ¿Cómo he de llamar Dios «á la piedra y á la madera?» En cuanto á los dioses animados, decia Séneca (2), «que si vivieran, y alguno se los hallara en algun desierto, creeria que eran unos mónstruos.»

Para que podamos, pues, decir de una religion que es verdadera, ha de mostrarnos al Dios tambien verdadero.

CAPÍTULO II.

RELIGION CRISTIANA.

Consignados los constitutivos de la verdadera religion y especificados los principales caractéres que deben formarla y distinguirla de las religiones falsas, veamos, siguiendo el mismo órden de materias, como estos mismos constitutivos y caractéres son precisamente los que forman, marcan y determinan la religion cristiana, y por consiguiente que la religion cristiana es la misma religion natural, la mas hermosa de todas las religiones, como claman entusiasmados los deistas (3), la única que honra á Dios y no se avillana (4). Probada, pues, su identidad, tendrémos por confesion misma de los sofistas que la religion cristiana será la mas hermosa y la mas digna de todas. La revelacion no destruye ni es opuesta á la naturalidad ó al naturalismo, puesto que la misma religion natural de los deistas es tambien revelada á nuestro Yo, á nuestra personalidad por nuestra razon, así como la cristiana lo es por Dios, su mismo autor. La diversidad de comunicacion de una cosa no destruye su identidad.

(1) «Opus ab eo (Deo creatore) nostra causa conditum adorare nolo. «Sol et luna propter nos creata sunt; quomodo ergo ministros meos «adorem? quomodo ligna et lapides pronuntiem Deos?» (Oratio adversus Gracos, num. 4).

(2) «Numina vocant quæ si spiritu accepto subito occurrerent, monstra haberentur.» (Tratado de la supersticion; obra perdida, pero de la que citan algunos fragmentos Tertuliano en su Apologético, san Agustín, De civitate Dei, y otros).

(3) Lord Herbet de Chebury llama al Cristianismo, la mas hermosa de todas. (Relig. laici, pág. 28). (4) Rousseau, Emílio.